



Editorial

revista
**Educación
y Pedagogía**

Editorial

"Es preciso siempre que haya una época de libertinaje en un estado o en el otro. Es una mala levadura que fermenta tarde o temprano"

J.J. Rousseau.

Cuando hechos violentos e impredecibles empiezan a sucederse unos tras otros sin plan ni concierto pero con una celeridad mayor de la que los hombres tenemos para olvidar las tragedias, se va configurando un tipo nuevo de relación con el medio, que sirve de alivio a la manera de un "acostumbramiento psicológico". Esa relación cobija a toda la ciudad en mayor o menor grado y a medida que los hechos se repiten el espectro se amplía. Pero, al igual que con la peste, se va reduciendo el número de causas hasta ubicar un pequeño grupo que concuerda con una zona geográfica predestinada de la ciudad. A partir de ahí, esa zona se va definiendo como una causa de la peste y las demás causas se van convirtiendo en eficientes, ajenas y secundarias. Es entonces cuando la ciudad se parte en dos: contagiados y contagiantes y la *conciencia de la peste* es la nueva conciencia de la ciudad.

Es natural que al principio todos quieran huir pero eso es imposible. Sólo algunos logran marcharse a otras tierras y los demás deben empezar la defensa. Defensa múltiple: de los contagiantes y del mal: poner al culpable en cuarentena y salvarse. De quienes temen ser contagiados y del destino: clamar al cielo y llorar. Defensa de todo el cuerpo social contra el mal, su extensión, el destino de todos: las almas de los médicos, los sacerdotes exacerbados en su lucha contra una sombra abstracta. Así, mientras la mayoría combate una cosa concreta, un barrio, un vecino, un funcionario, esos pocos que luchan en el aire luchan por todos, contra todos. Sacan de nuevo al mal de su confinamiento geográfico y a las múltiples causas del principio las liberan para atarlas de nuevo y reunidas, presentárselas a la ciudad como el gran mal social.

Es una actitud instintiva. ¿Podría decirse que precientífica? Más o menos de esa manera se procedía hace cuatro o cinco siglos en Europa. Sólo que aparecieron las vacunas para librar a las ciudades de la peste desde hace mucho tiempo. El hombre ha ido aprendiendo a luchar contra la peste de los microbios, pero está muy lejos de doblar al más corrosivo de todos: el inconsciente. Los niños soldados de Savanarola, las juventudes nazis, los punkeros, los sicarios, los marihuaneros de hace 25 años, los narcómanos y hasta los inofensivos fumadores son los microbios contagiosos de hoy.

En Medellín la comuna nororiental está en cuarentena. Hay adalides de la desinfección, predicadores, terapeutas; hay quienes proponen la auto-flagelación como si la violencia hubiese nacido en estas tierras. Otros, quizás más intuitivos pero en contravía de la Historia, lamentan la muerte del pasado bucólico de la Villa de la Candelaria y claman por su resurrección. Pero a todos esos afanes, habrá que contenerlos: ni la huida, ni el encierro, ni el exorcismo van a acallar el inconsciente. De nuevo se pone al orden del día el examen inclemente de nuestra condición cultural, una disección diestra y sin beneficio de inventario *del* alma, de las debilidades y fortalezas y de los soportes psicológicos de ellas.

Será necesario comprender qué ha ocurrido entre los triunfos épicos del antioqueño sobre el diablo y la muerte, ganándoles la partida a los dados y amarrándolos de un aguacate y el momento en que esa siniestra pareja se

soltó y tomó la delantera. Habrá que saber también cómo fue ese mítico combate librado por la psicología colectiva para producir de un aventurero pobre y audaz a un calvinista austero, ahorrador y controlado, que por siglos mantuvo confinado su truhán en las cantinas y en las zonas de tolerancia, en los bailes a machete de los sábados por la noche, en el contrabando de oro y en las fábricas clandestinas de tapetusa. Pues la verdad está en que ese combate le trazó una cartografía al alma colectiva. Pero hoy esos límites se rompieron y se ha dado paso a un nuevo ordenamiento -el que dibujó la conciencia de la peste- y que corremos el riesgo de perpetuar si dejamos que prosperen expresiones como la tal "cultura de la violencia" (repiteamos: la violencia no nació ayer, es una condición de lo humano, superable tal vez pero presente en los hechos de la Historia: Hiroshima, la conquista de América, Vietnam, el metro de Nueva York, la inquisición, el coliseo romano, la circuncisión, los orificios para colgar aretes, Guayaquil y la curva del bosque, el crimen de la Aguacatala, los asesinatos de Lincoln, los Kennedy, Uribe Uribe y Gaitán, en fin, en toda cultura hay unas maneras de modelar la violencia y eso está escrito desde la infancia de la humanidad en el Paraíso roto por la violación de la norma y la muerte de Abel), o esa otra tendencia a denominar "comunidad" a cualquier cosa que lo único que tiene en común, es que le resulta desconocida a quien habla de ella.

Tengamos paciencia mientras comprendemos.

Federico García Posada

